DE ZEGUTA A TAGAT

Mientras yo corro de un lado á otro en busca de mi cabalgadura, que no sé cómo, encuentro entre los bagajes, la Embajada se pone en camino. Aún tengo tiempo de alcanzarla; pero al salir del campamento, bajando una cuesta pedregosa, la mula vacila, se descincha la silla, la literatura da un tumbo, necesito media hora para arreglar cada cosa, y ¡adiós Embajada! Ahora tengo que hacer el viaje solo, seguido á lo lejos por un criado cojo, que cuando me asalten, apenas llegará á tiempo de verme dar las últimas boqueadas. ¡Hágase la voluntad de Allah! La campiña está desierta y el cielo nublado. De media en media hora veo aparecer en las cumbres de las alturas lejanas una caravana vistosa y esparcida, en medio de la que distingo el caballo blanco del Embajador y el caftan rojo de Selam, tanto, que algunos momentos me parece que no estoy solo; pero desaparece la cabalgata y la soledad vuelve á abrumar mi corazón. A una

hora del campamento encuentro una retaguardia de doce jinetes, mandados por el viejo Abu-ben-Gileli, el Caid de los cincuenta palos, que me lanza por encima del hombro una mirada terriblemente expresiva. Sonrío humildemente y paso adelante. Salgo del hermoso valle que desde el campamento dominábamos con la vista, y entro en otro valle espacioso, flanqueado de rapidísimas pendientes, cubiertas de áloes y olivos que forman como dos grandes murallas verdes, á derecha é izquierda de un inmenso camino recto, cerrado en el fondo por una cortina de azulados montes. Encuentro algunos árabes que se detienen para verme pasar y miran en torno suyo, admirados de que yo no lleve escolta. ¿Me asaltan ó no me asaltan? Uno se acerca á un árbol, arranca de prisa y con furia una gruesa rama y corre á mi encuentro. ¡Ya pareció aquello! Detengo la mula y saco una pistola. El árabe se echa á reir y me ofrece el palo, indicándome que lo ha arrancado para mí, para que arrease á la mula que no quería andar. En aquel instante veo venir á mi encuentro á galope tendido dos soldados de la escolta. Ya veo que aún no había sonado mi hora. Los dos soldados se colocan á derecha é izquierda mía como dos guardias civiles y arrean á mi cuadrúpedo con la coz de la espingarda, diciendo:—*¡Embachiador! ¡Embachiador!*—Los había mandado el Embajador á ver qué me había sucedido. Bien merecen una recompensa. Me detengo

y les ofrezco una botellita de vino que llevo en el bolsillo. No dicen que sí ni que no, se miran sonriendo y me dicen por señas que nunca han bebido.—Probad—les digo del mismo modo. Uno coge la botella, vierte una gota en la palma de la mano, pasa la lengua y queda un momento pensativo. El otro hace lo mismo Luego se miran, se echan á reir y hacen señas de que sí.—Bebed, pues. Uno se bebe media botella de un trago; el otro también de un trago la concluye; después se ponen los dos una mano sobre el pecho y miran al cielo con los ojos brillantes de voluptuosidad. Volvemos á ponernos en camino y encontramos más hombres, mujeres y niños árabes que me miran con gran estupor. Uno de ellos pronunció algunas palabras, que los soldados contestaron con un brusco signo negativo. Después supe que creyéndome preso había dicho:—Este es un cristiano que ha robado al Embajador. Vemos algunas aldeas de blancas casas en la cumbre de las alturas que flanquean el valle, menudean las *cubas*, las palmeras, los frutales, los árboles en flor y los rosales; el campo está enteramente verde y comienza á verse acá y allá alguna muestra de división de tierras. Entramos, por último, en una garganta estrecha y tortuosa, formada por dos taludes de peñasco, á cuya salida nos encontramos en el lugar del campamento. Estamos á orillas del Mikés, afluente del Sebú, cerca de un pequeño puente construído hace diez y siete años en una

cuenca formada por un semicírculo de colinas rocosas. El cielo, gris como una bóveda de plomo, da una luz moribunda y fastidiosa, que nos obliga á permanecer siete horas inmóviles en las tiendas. El termómetro marca cuarenta y un grados. El aire es ardiente y pesado. Entre las tiendas no se oye más que el canto de los grillos y el sonido de la guitarra de Ducali. Profundo fastidio pesa sobre todo el campamento. Hacia la caida de la tarde, todo cambia. Un chubasco refresca el aire, un haz de rayos deslumbradores, penetrando como una corriente de luz eléctrica por la apertura del paso, dora la mitad del campo; llegan correos de Tánger, correos de Fez y curiosos de los pueblecillos; las dos terceras partes de la caravana se bañan en el río, y la comida es animada por la aparición de un nuevo personaje procedente de la gran ciudad de los Scheriff; el moro Chellal, otro de los protegidos de la Legación de Italia, que tiene un litigio pendiente con el Gobierno del Sultán: el turbante más voluminoso, la caraza más redonda y la más pingüe beatitud morisca que puede verse más allá de Tánger. A la mañana siguiente volvimos á ponernos en marcha, al amanecer, sin más escolta que los cuarenta jinetes mandados por Hamed-ben-Kassen. Ha estallado una sublevación en las comarcas limítrofes á la Argelia y toda la caballería de la provincia de Fez ha sido enviada contra los rebeldes.—Veremos muchas cabezas colgadas en

las puertas de Fez—dice Ducali. Durante dos horas caminamos por entre colinas, en medio de retamas y lentiscos. Luego desembocamos en la vastísima llanura de Fez, coronada de montañas y colinas, cubierta de sembrados, llena de grandes aduares, bañada por el río de la Fuente azul, que va á desembocar en el Mikés, y por el río de las Perlas, afluente del Sebú, que divide en dos partes la ciudad sagrada del Imperio, cubierta de grullas, de patos salvajes, de tórtolas y de perdices, que vuelan por encima de ella en grandes bandadas; exuberante de vegetación, llena de luz, tranquila y sonriente como un inmenso jardín. Plantamos el campamento á la orilla del río de la Fuente azul. El día pasó como un relámpago entre la caza, visitas á los aduares, los hebreos que venían de Fez á contarnos los grandes preparativos del ejército, los enviados de la corte que traen cumplimientos del Sultán; las familias árabes que vadean el río en largas filas, primero el camello, después los hombres, después las mujeres con los chiquillos á la espalda, después los muchachos y después los perros á nado; las caravanas que pasan, las turbas de curiosos que acuden, una puesta de sol que enamora y la noche más luminosa que han visto ojos humanos. Al rayar el alba, otra vez en camino. Volvimos á pasar entre colinas y á penetrar en la llanura, y seguimos un camino encajado entre dos vertientes que nos ocultan el horizonte. De pronto, una voz sonora,

grita:—¡Allí está Fez!—Todos se detienen. Erguida delante de nosotros á algunas millas de distancia, al pie de las montañas, se ve una vasta selva de torres, de minaretes y de palmeras, ligeramente velada por la niebla. Un alegre—¡ya estamos!—brota en el mismo instante de todas las bocas, en italiano, en español, en francés, en árabe, en genovés, en siciliano, en napolitano, y al breve silencio de la admiración primera, sucede una conversación rumorosa. Volvimos á emprender la marcha y fuimos á acampar, por última vez, a la falda del monte Tagat, orilla del río de las Perlas, á hora y media de Fez. Todo el día hubo un ir y venir, y un movimiento que parecía el de un cuartel general de un ejército en tiempo de guerra. Vinieron enviados del Sultán, del primer Ministro, del gran maestro de ceremonias, del Gobernador de Fez, oficiales, mayordomos, negociantes, parientes de los moros de la caravana; gente toda ceremoniosa, bien vestida, de buen aspecto, con aire de la corte y de la capital, que habla con reposada voz y majestuosos ademanes del formidable ejército, la inmensa multitud y el palacio delicioso que nos esperan.

La entrada en Fez fué señalada para las ocho de la mañana siguiente. Al alba, todo el mundo está en pie. Hay gran movimiento de navajas de afeitar, de cepillos, de peines, y una alegría que nos satisface con usura de todas las fatigas del

viaje. El Embajador se pone su sombrero galoneado de oro; Hamed-ben-Kassen el sable de gala; Selam un caftan color de rosa; Chivo un pañuelo verde alrededor de la cabeza, señal de gran solemnidad; los criados el jáique blanco; todos los soldados de la escolta llevan las armas relucientes; todos los italianos sacamos el fondo del baul. Somos un ciento entre todos, y puede afirmarse que nunca Italia tuvo una Embajada compuesta de más diversos elementos, de colores más pomposos, más alegremente impaciente, ni más impacientemente esperada que la nuestra. El tiempo es bellísimo, los caballos piafan, ondean los jáiques al suave viento de la mañana, todos los rostros brillan y todas las miradas están fijas en el Embajador, que cuenta los minutos en su reloj. Son las ocho: una señal; todos á caballo, y adelante. ¡Ah! ¡Qué quiere decir eso de ser eternamente niño! ¡Siento que mi corazón late apresurado!